

En bien general de la Orden

La Masonería española, por el equívoco extendido entre las gentes incultas o fanáticas, sufre una verdadera odisea.

Hay gentes tan fanáticas que cuando tratan íntimamente a un hombre y éste resulta ser masón suelen decir aquellas personas que le estimaron mientras no conocieron su punto de vista ideal: «es muy bueno, como amigo, y honrado a carta cabal, pero... ¡qué lástima, es masón!»

Los que tal palabra escuchan se horrorizan echándose las manos a la cabeza, y repitiendo varias veces: «¡quién se lo iba a figurar, un hombre tan justo y tan recto en el cumplimiento de sus deberes... masón!, no, que no vuelva a saludarnos, ¡qué horror! ¡Dar la mano a un masón!»

Apunto estas consideraciones porque son las más benignas que hacia los masones guardan las personas que no conocen qué es Masonería, y lo que aún es peor: ni la religión que dicen profesar.

La comodidad de la rutina los tiene en un estado de idiotez espiritual que no saben si encienden la vela a su Dios o a su Diablo; ellos lo que suponen justo es encender la vela, gastar la cera, rellanarse en la poltrona y dormir el sueño del desconocimiento absoluto, pese a quien pese y caiga quien caiga.

Este proceder de las gentes impenetrables que a simple vista parece inofensivo, perjudica muchísimo a los hombres que de forma recta, laboriosa y clara pretenden vivir.

Mientras la intriga no pasa de los lacayos o aventureros